

Ante las redes sociales: criterio y caridad¹

Un pasaje exigente

1. Hoy, sin duda, la liturgia nos propone un texto difícil². Uno de esos mensajes en los que Jesús pone el listón realmente muy alto. Amar a los enemigos, bendecir a los que nos maldicen, darle a todo el que nos pida... Todo esto, y muchas cosas más que acabamos de oír, no es, en absoluto, fácil de poner en práctica.

Como premisa indispensable, antes de cualquier otra consideración, debe quedar claro que solo con la ayuda de Dios será posible acometer una tarea así de ardua y noble. A todos nos cuesta no juzgar, perdonar, servir, dar... en una palabra, morir a nosotros mismos. Pero, por otra parte, también todos queremos recibir esa *medida buena, bien sacudida, apretada y rebosante en los pliegues de la túnica*. Esa magnífica cantidad de grano limpio para hacer el buen pan de nuestra vida espiritual, tanto temporal como eterna.

Concretando un poco

2. Es, entonces, el de hoy, un tema difícil. Pero es también un tema muy amplio. Que admite ser abordado desde múltiples ángulos. Por eso, intentaría con la gracia de Dios, concretar este mandato de Cristo en un ámbito en el que es relativamente frecuente fallar y que tiene mucha importancia hoy día. Me refiero al uso de *las redes sociales*. Como todos sabemos, por quién sabe qué extraños mecanismos de la psicología humana, repetidamente se da aquí una especie de desdoblamiento de la personalidad. De modo que no pocos son una persona en el mundo real y otra en el mundo virtual. Con la triste consecuencia de que cosas que nunca se harían o dirían en la vida real, se hacen o dicen vía internet.

Supongo que ustedes, como yo, habrán tenido la desagradable experiencia de comprobar que tras una noticia relacionada con algún personaje del mundo del espectáculo, del deporte o de la política, aparece una auténtica catarata de críticas, en muchos casos expresadas con una procacidad inconcebible. Pareciera que ciertas personas, ocultas en el anonimato virtual, alocadas y embravecidas, consideran legítimo insultar virulentamente a sus semejantes.

Esa actitud está en las antípodas del evangelio que hoy se nos propone. Nosotros, como cristianos, tenemos que ser siempre la misma persona, conservar la misma identidad en todos los momentos de nuestra vida. También, naturalmente, cuando estamos conectados en las redes sociales y opinamos sobre cualquier asunto o persona. Insistía san Josemaría: ***No soportamos los cristianos una doble vida: mantenemos una unidad de vida, sencilla y fuerte en la que se funden y compenetran todas nuestras acciones***³.

¹ Homilía el VII domingo del tiempo ordinario, ciclo C.

² Evangelio, *Lucas* 6, 27-38.

³ *Es Cristo que pasa*, n. 126.

Si no nos atrevemos a decir esas cosas noblemente a la cara de los interesados, no debiéramos, ocultos tras una *máscara virtual*, escribirlas nunca. Hacerlo produce un daño enorme, ante todo, al que lo escribe, pero también, obviamente, a aquel sobre quien se escribe y, en última instancia, a todo el que eventualmente lo lea.

Urbanidad y etiqueta en internet

3. Un poco de *Netiqueta* no vendría mal. Cuidar ese protocolo mínimo de corrección, de etiqueta, también cuando hagamos uso de las redes sociales. Sobre todo es conveniente ejercitar la prudencia en todo lo que leemos, escribimos, subimos o reproducimos virtualmente para que, en la medida de lo posible, no ofendamos a nadie. Más bien al contrario. Que de todas nuestras comunicaciones en las redes sociales se desprenda el buen aroma de Cristo. Aspirar a que ***a través de las acciones del discípulo, pueda descubrirse el rostro del Maestro***⁴.

Es pertinente también, moderar la curiosidad. El afán por saber todo de todo el mundo. Y evitar la murmuración o el chisme que puede llevar fácilmente a faltar a la caridad o, incluso a la justicia. Alguna vez el Papa Francisco ha dicho que esa actitud, repetir chismes inconscientemente, tiene algo de *terrorista*. Es como arrojar un ladrillo hacia atrás, de espaldas a una cristalería.

Cuidar no solo la caridad, también la pureza

4. Otro punto. No olvidar que no solo se lastima a las personas con críticas u ofensas, sino también cuando se les induce a pecar, cuando se les *escandaliza*, con el envío de contenidos contrarios a la virtud de la pureza. Evitemos, por tanto, bromas de mal gusto, frases de doble sentido, fotografías o videos provocativos o abiertamente eróticos.

Usar –esta es la propuesta final– la tecnología informática para ser nosotros mejores personas, y para mejorar a los demás. Un principio ético básico nos enseña que *no todo lo que se puede hacer, se debe hacer*. Lo podríamos traducir, en el contexto en que nos encontramos: *no todo lo que se puede ver o leer, se debe ver o leer*. Abordando, no hace mucho, este tema, decía el Papa Francisco: *vivimos en una sociedad de la información que nos satura indiscriminadamente de datos (...) y termina llevándonos a una tremenda superficialidad a la hora de plantear las cuestiones morales. Por consiguiente, se vuelve necesaria una educación que enseñe a pensar críticamente y que ofrezca un camino de maduración en los valores*⁵.

En pocas palabras, ser ***almas de criterio***. Que, como recomendaba san Pablo, analizando todas las cosas, nos quedemos siempre con lo bueno.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 24 de febrero de 2019

⁴ *Ibid.* n. 105.

⁵ *Evangelii gaudium*, n. 64.